

# STAR CRAFT III



**BILZARD**  
ENTERTAINMENT

## *Sueños vívidos*

*Stone sabe quién está al otro lado de la puerta antes de que se abra.*

*Ha oído las explosiones y los disparos, los precipitados informes de los agentes de los Defensores del Hombre que hablaban sobre un fantasma infiltrado en el complejo de la general Carolina Davis, el ensordecedor silencio en las comunicaciones mientras caían en batalla. El agente del Dominio solo podía tener un objetivo, y Stone constituye la última línea de defensa de la general.*

*La general Davis y los Defensores del Hombre eran la mayor esperanza de la humanidad contra alienígenas como los zerg y los protoss. No había nada por lo que mereciera más la pena luchar, por lo que mereciera más la pena morir. Stone se había pasado la vida entera entrenándose para momentos como este, para cuando surgiera la oportunidad de darlo todo por proteger a quienes no podían protegerse a sí mismos. Está preparado. No debe fallarles y no lo hará.*

*Pocos eran los fantasmas capaces de atravesar el cuartel de los Defensores de ese modo. Conforme se abre la puerta que conduce al despacho exterior de Davis, Stone comienza a percibir una energía psiónica potente... y conocida. Siente como la decepción y el temor lo invaden por dentro.*

*Agente X41822N. November «Nova» Terra.*

*Stone se encuentra camuflado en una posición desde la que observa a Nova entrar precavida en la gran sala con las armas listas. Se detiene tras reparar en la imponente estatua del emperador Arcturus Mengsk justo a la derecha de Stone. Pero, a continuación, examina la sala. Sabe que hay alguien cerca. Sabe que se trata de Stone.*

*Stone piensa que debe adelantarse y atacar primero para aprovechar el factor sorpresa, por ínfimo que sea: para vencerla, va a necesitar cualquier ventaja posible. Sin embargo, en otro tiempo le confió a Nova su propia vida. En otro tiempo había considerado tener con ella lo que cualquier otra persona habría llamado amistad. Stone tiene preguntas.*

*Y está cabreado.*

*—Estaba seguro de que volvería a verte —le espeta.*

*Nova localiza su posición. Stone deja caer su escudo para que pueda verlo y también el fusil de comando que sostiene. Ella entorna los ojos.*

*—Stone. ¿Qué ha pasado?*

*—Me abandonaste y te aliaste con el Dominio para asesinar a tus antiguos camaradas. Supongo que soy el siguiente.*

*—Han alterado tus recuerdos. No eres tú.*

*Con la mente, Nova intenta leerle los pensamientos.*

*—Somos quienes decidimos ser... Y tú has elegido esto —Stone es fuerte, pero ella lo es más, así que no podrá seguir bloqueando la telepatía mucho tiempo. Stone dispara.*

*Nova se pone a cubierto detrás de otra gran estatua que se alza en la sala, uno de los dos lobos de Korhal que flanquean la estatua de Mengsk: emblema de su familia y símbolos del régimen.*

*Stone es completamente consciente de que se está jugando la vida, pero la única vida que importa es la que ha jurado proteger. Debe impedir que Nova llegue hasta la general Davis.*

*En el campo de batalla, Stone está habituado a enfrentarse a humanos normales: pueden haber recibido un buen entrenamiento o estar bien armados, pero no son rivales para las habilidades psiónicas de un fantasma, sobre todo si está equipado con una de las creaciones tecnológicas más avanzadas que se han visto: el traje para entornos hostiles. El dermotraje le permite canalizar su poder psiónico, lo que incrementa su fuerza y agilidad y lo hace básicamente invencible.*

*Claro que Nova también tiene su propio dermotraje y un índice psiónico de 10, mientras que el de Stone es de 7. No es frecuente ver una batalla entre dos fantasmas de destreza y poder tan igualados. Parece más una partida de ajedrez que un asalto puro y duro. Es un juego de estrategia, de resistencia, de previsiones que, con un poco de suerte, pueden fallar. Stone ya se había enfrentado a Nova en las sesiones de entrenamiento. La había visto en acción contra un enemigo común.*

*Va a necesitar un **montón** de suerte, eso seguro.*

*Stone activa el reactor de fase experimental de su traje y se teletransporta a una posición justo detrás de ella (o más bien donde estaba hace un instante). Se ha marchado casi justo cuando él llegaba, disparando. ¿Será que se ha movido rápido, se ha hecho invisible, o es que ella también se las ha apañado para hacerse con la tecnología experimental de teletransporte? Y, entonces, la siente otra vez al borde de su conciencia, entrándole en la cabeza. Esta va a ser una lucha tanto de voluntad como de fuerza.*

*—Eras la mejor de nosotros, Nova. ¿Por qué nos traicionaste? —le exige.*

*—Fue idea tuya, de hecho.*

*—¡Más mentiras! —percibe movimiento por el rabillo del ojo, pivota y dispara. No acierta, pero ella sí. Stone recibe un golpe por detrás y está a punto de perder el equilibrio. Cuando se gira, Nova ya no está.*

*Y así todo el rato. Stone lanza algunos disparos, pero le está haciendo más daño al despacho que a ella. Sigue apareciéndose por aquí y por allá tratando de hallar un hueco en su defensa, pero Nova parece ir siempre un paso por delante: utiliza el entorno de forma estratégica para esquivar los disparos y llegar hasta él.*

*Nova lo está desgastando. Y aun así... parece que se contiene. Él sabe perfectamente de lo que es capaz. Ya debería estar muerto, si lo que deseara de verdad fuera matarlo. Eso quiere decir que no quiere que muera. Solo que Stone no alcanza a comprender por qué.*

*«Esto no es real», piensa para sí mismo. «Es un recuerdo. O un sueño».*

*De repente se encuentra desorientado y pierde el rastro de la posición de Nova. Un momento después, siente otro golpe y pierde la conciencia.*

#

Stone recuperó el sentido paulatinamente, pero, una vez plenamente consciente, los recuerdos le bombardearon la mente con un torrente de imágenes y una tormenta de emociones.

El primer pensamiento que le viene a la mente: «Lo siento, general». Los dos siguientes: «¿Dónde narices estoy? ¿Por qué no estoy muerto?».

Abrió los ojos con un gesto de dolor causado por la luz que había en la habitación, si bien era muy tenue. Había pasado el tiempo suficiente en una enfermería como para

reconocerlas solo por el fuerte olor a desinfectante. No llevaba puesto el casco y también le habían quitado el dermotraje, por lo que se hallaba expuesto, vulnerable.

Lo invadió la primera oleada de dolor. Un dolor de cabeza martilleante que le presionaba el dorso de los ojos. Stone intentó tocarse la cabeza, pero tenía las manos atadas a los lados. También tenía las piernas sujetadas. Le ardía el hombro derecho: un desgarró en el manguito rotatorio, probablemente. Todo le dolía, como si su piel fuera un hematoma enorme.

No obstante, el malestar físico no era nada comparado con la devastadora sensación de fracaso. Su deber era proteger a la general Davis, pero, en vez de eso, se había dejado atrapar por el enemigo. ¿Habrían capturado también a la general?

Pero en un rincón lejano de su mente había una pregunta que persistía y eclipsaba todo lo demás: ¿por qué se había moderado Nova con él?

Un recuerdo pasó por su cabeza fugaz cual destello. Estaba ayudando a Nova a escapar de una base en Sharpsburg. Una persecución a gran velocidad en buitres por la carretera.

Pero esa misión nunca había tenido lugar. Nova era una traidora para los Defensores. Ella era el enemigo.

Eso significaba que ahora el Dominio tenía prisionero a Stone. Debía salir de ahí. Pero primero debía averiguar qué era «ahí».

Stone giró la cabeza para asimilar lo que pudo de lo que tenía alrededor. Una camilla vacía a su derecha, desalojada hacía poco según indicaba el recubrimiento arrugado. Una terminal de diagnóstico a su izquierda. Estaba en una nave, supuso, por la leve vibración propia de tecnología que notaba a través del delgado colchón. Otro recuerdo le vino a la mente: la historia de «El príncipe y el guijarro».

Solo se acordaba de fragmentos, como de todo en su vida, pero iba sobre un joven príncipe que se aburre de su vida en palacio y se escapa a explorar la ciudad por su cuenta. Al poco, lo reclutan junto al resto de muchachos de la ciudad obligados a unirse al ejército. Cuando lo llevan al frente de la guerra que se estuviera librando en aquel entonces (y a una muerte segura), el príncipe confiesa que es hijo del emperador y exige que lo lleven de vuelta a palacio. Pero nadie lo cree, porque el emperador nunca dio la noticia de que su hijo hubiera desaparecido.

No obstante, una sabia general decide comprobar si es verdad lo que dice el joven. La noche previa a la gran batalla, la general invita al que hacía llamarse príncipe —con toda la armadura puesta— a tomar té. Le manda que se siente sobre un suave cojín frente a ella. Interroga al chico sobre el emperador y su vida como príncipe, pero observa que el muchacho tiene dificultades para contestar a las preguntas. Está demasiado pendiente de otra cosa, con el ceño fruncido, retorciéndose y moviéndose todo el tiempo en su asiento, y ni siquiera llega a probar el té.

«¿Qué es lo que pasa?», pregunta la general.

«¡Este debe de ser el cojín con más bultos de todo el imperio!». El joven se pone de pie de un salto y lanza el cojín a un lado. Debajo encuentra un pequeño guijarro. La general le aplaude. «Sin duda eres quien dices ser», confiesa. «Solo un príncipe es lo bastante delicado como para notar un guijarro bajo un cojín y vestido con toda la armadura, como lo estás tú». Y así fue como la general salvó la vida del príncipe y, por consiguiente, también la suya.

Era extraño. Como era lógico, los cuentos de hadas no formaban parte del entrenamiento del programa Fantasma y a Stone lo habían criado en la academia de Korhal

desde que tenía uso de razón. Entonces, ¿dónde había escuchado esa historia? ¿Y por qué le hacía sentir una pérdida tan dolorosa?

Stone no era un príncipe ni de lejos, pero los recuerdos eran como aquel guijarro: podía sentir que había **algo** bajo todas esas capas de programación y reprogramación y los recuerdos implantados con el transcurso de los años, pero no podía reconocer qué era. La verdad se presentaba como una molesta picazón situada en el fondo de su mente.

Stone intentó percibir la presencia de Nova con su telepatía. Si ella estaba en aquella nave, era posible que la general Davis también lo estuviera.

«¡Nova!». Trató de alcanzar la mente de la fantasma, pero estaba todavía demasiado agotado de la pelea como para reunir la fuerza necesaria. De hecho, en esos momentos solo tenía fuerzas para mantener los ojos abiertos.

Entonces, una voz lo volvió a poner en alerta de golpe.

—Hola otra vez, agente Stone.

Era una voz grave, cálida pero cauta. Stone movió los ojos esforzándose por enfocar lo suficientemente lejos como para discernir la fuente. De repente, alguien apareció a la derecha de Stone: un hombre negro, sin pelo, de hombros anchos y brazos cibernéticos. Examinó a Stone como si fuera un conejillo de indias.

—¿Quién eres? ¿Dónde estoy?

—Soy un amigo —respondió el hombre.

—No te conozco.

—Soy Reigel. Trabajo con Nova, así que supongo que sería más bien el amigo de una amiga. Me ha pedido que te procure un buen cuidado.

Aunque Reigel guardaba una expresión un tanto comedida y fría, su mirada parecía amable. Su voz era reconfortante y cadenciosa para tranquilizar a Stone.

El agente tiró de sus ataduras.

—¿Esto os parece un buen cuidado? —preguntó.

—Es por precaución, por tu propio bien —contestó Reigel antes de ladear la cabeza—. Y por la seguridad de la tripulación, desde luego.

—Así que estamos en una nave —musitó Stone.

El semblante de Reigel no se inmutó. «Venga, dame algo, una pista», pensó Stone.

—¿Soy prisionero? —Stone volvió a tirar de los amarres. Con un dermatraje, los habría arrancado como si fueran pañuelos. Estaban empezando a ceder, pero todavía le costaría un tiempo.

Reigel caminó despacio hasta el cabezal de la cama de Stone con un escáner médico en las manos. Stone lo siguió con la mirada, tirando disimuladamente de los ribetes.

—Solo en el sentido de que has sido prisionero de tu propia mente —respondió Reigel—. Te han alterado la memoria.

—Pues es el pan de cada día.

—No trabajas para los Defensores. Nunca has trabajado para ellos. Tú, Nova, Delta y Pierce estabais infiltrados. La ayudasteis a escapar de su instalación, pero a ti te volvieron a capturar en la huida. Después de eso, Carolina Davis te utilizó, seguramente con la esperanza de que le hicieras bajar la guardia a Nova.

—Delta y Pierce —murmuró Stone—. ¿Están bien?

—Están vivos.

—Normalmente eso es lo mejor que podemos escuchar —dijo Stone.

Otro recuerdo fue inmiscuyéndose en su conciencia, uno en el que luchaba abriéndose paso por la instalación de los Defensores. «¿Ocurrió eso realmente?», se preguntaba.

Stone sacudió la cabeza. ¿Importaba acaso qué recuerdos eran reales? ¿O quién los estaba programando? Stone era un arma y, llegados a este punto, había servido a tantos amos, que le resultaba imposible mantenerlos intactos. Era todo mucho más sencillo cuando solo tenía que obedecer órdenes, cuando no había necesidad de lidiar con los recuerdos de sus actos o las consecuencias de estos.

Stone había intentado matar a Nova. Si de verdad era su amiga, aquello era algo de lo que no estaba orgulloso, aunque no fuera su culpa. Ella, al menos, se las había apañado para vencerlo sin matarlo o herirlo (mucho). Él no la había tratado de la misma forma.

—¿Puedes borrarle? —pidió Stone.

—No, no puedo. Por lo menos, todavía.

«Ahí está», pensó Stone. Si podían borrarle la mente con tanta facilidad, pero se negaban, era porque tenían algún motivo. Estaban escondiendo algo. No podía fiarse de nada de lo que le dijera aquel hombre.

—Nova me ha pedido que espere. Dice que no haga nada hasta que no haya hablado contigo. Además, te han disparado y has sufrido ataques psiónicos e impactos físicos. De momento creo que ya has tenido suficiente, ¿no te parece?

—Eso, tú restriégamelo —refunfuñó Stone. Los amarres de los brazos estaban ya más sueltos.

—Solo estoy diciendo que estás débil y poniendo en orden tus recuerdos afectados. Descansa un poco. Nova vendrá a hablar contigo después de la misión.

¿Una misión? ¿Qué pueden estar haciendo tan pronto después de asaltar el complejo de la general Davis?

«La van a entregar al Dominio», pensó Stone. Tiene que ser eso. Esa idea le hizo estar más seguro de que Reigel mentía. Querían mantener a Stone al margen hasta que tuvieran la ocasión de entregarlo también al Dominio.

Stone dejó escapar un suspiro.

—Tienes razón. Estoy... agotado.

Reigel se inclinó hacia delante para observar el rostro de Stone bien de cerca. Stone mentía de maravilla, porque se le daba muy bien ocultar sus emociones y pensamientos. Pero no era sospecha lo que reflejaba la expresión de Reigel, sino preocupación. La verdad es que parecía importarle el bienestar de Stone.

Quizá era simplemente que él también sabía actuar muy bien. No cabía duda de que Reigel las había pasado canutas en la vida: esa era una realidad que compartían la mayoría de los fieles al Dominio. Y si Reigel era un superviviente, entonces era inteligente. Dos cualidades de las que recelar en un enemigo.

—Puedo darte algo que te ayude a dormir —le ofreció Reigel.

Stone cerró los ojos y le hizo saber que no lo necesitaba. Se concentró en hacer que su respiración fuera lenta y regular. Una vez había escuchado abrirse y después cerrarse las puertas de la enfermería, siguió trabajando en soltar los amarres de los brazos.

Fácilmente podía llevar una hora o más sudando por el esfuerzo, pero por fin los había estirado lo suficiente como para sacar el brazo izquierdo, tras lo cual liberó también el derecho. Se enderezó y agarró la correa que le rodeaba las piernas y, con los ojos y la

mandíbula apretados, tiró de ella con todas sus fuerzas. Se escuchó un chirrido metálico y un extremo de la sujeción se partió.

—¡Vamos! —Tiró apretando aún más la mandíbula.

Y consiguió liberarse.

Stone recuperó el aliento. Puesto que en la nave estarían todos encargándose de la misión, estarían distraídos. Era el momento idóneo para buscar a la general Davis y robar una lanzadera para escapar. O, mejor aún, para apropiarse de la nave y entregar a la tripulación a los Defensores. Quizá todavía estaba a tiempo de remendar su error en Vardona.

Stone sacó las piernas de la cama y se puso en pie de un brinco. La habitación le daba vueltas y empezó a ver puntos negros por doquier. Intentó cogerse al borde de la cama.

No lo consiguió.

Las piernas le fallaron, y vio como el suelo se precipitaba contra su cara. Antes de darse de bruces contra él, ya había perdido el conocimiento.

#

Stone se despertó sobresaltado. Estaba chorreando de sudor y el corazón le iba a mil por hora; sentía la adrenalina recorriéndole el cuerpo.

La sala en la que estaba se encontraba a oscuras, a excepción de las estrellas que veía pasar raudas en el exterior por una ventana que había a su derecha. Ya no estaba en la enfermería. Se incorporó, esta vez más despacio; no lo tenían amarrado. La nariz le palpitaba de dolor, pero no la tenía rota.

—Bueno, eso ha sido bastante humillante —dijo en voz alta—. Stone cero, gravedad artificial uno.

Su voz sonaba distante, separada de sus pensamientos internos. Se sacudió la somnolencia y los perturbadores sueños que le habían parecido tan lúcidos que fácilmente podrían ser recuerdos.

Una ciudad infestada de zerg salvajes. De muchísimos de ellos. Nova y él habrían acabado muertos de no ser porque los Defensores del Hombre los habían salvado en el último momento.

¿Salvado? ¿O capturado?

*Nova termina de instalar el dispositivo antizerg que les había proporcionado su instructor.*

*—¿No dijo el alto mando del Dominio que los ataques de los zerg salvajes ya no suponían una amenaza? Me pregunto qué ha cambiado —dice Nova antes de echarse hacia atrás y contemplar el dispositivo aparentemente inocuo. Su núcleo amarillo vibra a un ritmo que resulta casi hipnótico.*

*—Debe de tratarse de algo gordo. Fabricar equipamiento de seguridad como este requiere una inversión de tiempo y dinero importante —añade Stone.*

*Por lo que a defensa militar se refería, los gobiernos no reparaban en gastos. El programa Fantasma era posiblemente el mejor ejemplo de su deseo por invertir a largo plazo: criar y entrenar a personas con capacidades psiónicas como Stone requería una vida entera, y eso sin mencionar toda la tecnología necesaria para controlarlos y el costoso equipo que potenciaba sus habilidades y los protegía. Stone percibió una repentina y extraña sensación de parentesco con la máquina que tenían a sus pies.*

*—Si funciona como dice Maxwell, esta tecnología nos podría resultar de gran ayuda en el terreno. ¿Por qué nadie nos había hablado de ella? —pregunta Nova.*

*—A lo mejor se les ha pasado... o nos están mintiendo. En cualquier caso, no me gusta.*

*—Necesito averiguar más. Hay algo que no cuadra en todo esto —dice Nova.*

*Esa es una de las muchas diferencias que existen entre ellos: Stone sigue órdenes, pero ella siempre está cuestionándose las cosas. A él tampoco le falta creatividad en el modo de ejecutar dichas órdenes si cabe la posibilidad de salvar vidas, pero nunca las había desobedecido.*

*En cuanto a cuál de las dos líneas de trabajo te mataría más pronto, es un empate.*

«La nueva Andasar», pensó Stone de forma repentina. La ciudad había cedido a una invasión zerg, pero Stone no recordaba haber estado allí, hasta ahora. Parecía muy evidente: no solo había estado allí, sino que él y Nova habían **provocado** el ataque de los zerg.

Equipamiento de seguridad lo bastante avanzado como para neutralizar a los zerg salvajes... Sonaba demasiado bien como para ser cierto. Pero Stone nunca se habría imaginado que los Defensores del Hombre lo habían utilizado para colocar emisores psiónicos que condujeran a los zerg a Antiga Prime, a espaldas del Dominio. Siguiendo las órdenes de la general Davis.

Stone cerró los ojos con fuerza. No, el Dominio se estaba inmiscuyendo en su cabeza. Querían hacerle pensar que los Defensores eran el enemigo. Debían de haberlo reprogramado mientras dormía, a pesar de que Reigel le asegurara lo contrario.

Stone se bajó de la cama y comprobó en qué condiciones se encontraba de equilibrio y fuerza. Físicamente se sentía genial; era su mente la que iba dando tumbos. Se dirigió a la puerta sin perder un segundo. No se abrió, como era de esperar. Encendió las luces y echó un vistazo a su alrededor. Las dependencias de los invitados eran austeras,

desprovistas de muebles de no ser por una cama individual básica y una mesita con una pantalla y una silla metálica. Sin personalidad ni nada que pudiera usar.

Stone se acomodó en la silla y activó la pantalla. Estaba restringida al modo lectura, así que no podía servirle de fuente para averiguar en qué nave se hallaba ni para contactar con los Defensores del Hombre para pedir ayuda. Lo que sí que podía hacer era enterarse de qué había ocurrido leyendo las noticias.

Al parecer, estaban pasando un montón de cosas, y no le costó mucho tiempo ponerse al día. Le bastaba con leer los titulares.

«Arrestada la general Carolina Davis, líder de los Defensores».

«Se culpa a los Defensores del Hombre de los ataques de los zerg».

«Los tal'darim atacan Vardona y Davis logra escapar».

«Davis muere».

Stone se quedó de piedra mirando ese último titular. Era demasiado tarde.

Leyó el artículo por encima, pero los detalles escaseaban. Durante el ataque de la flota de la muerte de tal'darim en Vardona, Davis se había hecho con el control de la nave Medusa y había huido a una base secreta de los Defensores del Hombre en los astilleros de Cerros. Allí se había producido una refriega entre sus fuerzas y las gorgonas del Dominio y, por lo visto, la general Davis había muerto en la batalla. Seguramente parte de la información sería clasificada, pero Stone se olía un encubrimiento.

«Nova», pensó. Volvió a dirigir la mirada afuera, al campo de estrellas en movimiento. No había forma de saber hacia dónde iban, pero se hubiera apostado el sueldo de un mes a que llevaban a Cerros pisándoles los talones. Habían publicado el artículo esa misma mañana, y Reigel había hablado de una misión.

Debería haber estado luchando junto a su general. Debería haber hecho mejor su trabajo, que consistía en protegerla.

Stone le dio un empujón a la pantalla con la mano, disgustado. ¿Cuánta información podía creerse? En manos del Dominio, era casi más fácil falsificar las noticias que los recuerdos.

Dio un brinco y empezó a caminar. Necesitaba salir de allí; necesitaba apoderarse de esa nave. Miró la puerta pensando si podría reventarla.

«Si me tienen prisionero, debe de haber alguien vigilando la habitación». Y la cosa se pondría muy fea para él intentando luchar después de todo el esfuerzo por abrir la maldita puerta, por lo que decidió probar suerte con otra táctica.

Tocó a la puerta.

Pasado un momento, la puerta se abrió y reveló a un hombre blanco con una camiseta sin mangas y unos pantalones con grandes bolsillos: el agente X20991N, Theodore Pierce. El fantasma sonrió, pero su mirada reflejaba cautela. Se movió para realizar una rápida evaluación de Stone, lo mismo que Stone estaba haciendo con él. Estaba listo para lo que fuera, o al menos eso pensaba.

—Pierce —dijo Stone.

—Hola, Stone. Me alegro de volver a verte en pie. ¿Cómo estás?

—He vivido momentos mejores, pero empiezo a sentir que soy yo otra vez. —«Sea lo que sea que signifique eso», añadió en su cabeza. Concentró su poder psiónico a fin de bloquear los pensamientos de la telepatía de Pierce. Por suerte, la capacidad psiónica de Pierce no estaba a la altura de la de Stone, así que, mientras mantuviera firme sus defensas, Pierce no sabría lo que pensaba o planeaba hasta que fuera demasiado tarde.

Pierce daba la impresión de estar en su mejor forma física, pero Stone contaba con la ventaja que brinda un peso mayor y una edad menor. En una buena ocasión, Stone usaría su resistencia mejorada para derrotar a Pierce, como hacía cuando se enfrentaban en las peleas de entrenamiento. Pero claro, Pierce llevaba un arma de mano enfundada en la cadera, así que aquello distaba bastante de ser una buena ocasión.

Stone se encontraba debilitado, pues todavía estaba recuperándose del enfrentamiento con Nova, y no estaba en forma para el combate (sobre todo, sin el dermotraje). Eso lo obligaba a obrar con más inteligencia y utilizar lo que sabía de Pierce contra él.

—Me alegro de que estés bien —dijo Stone—. ¿Qué es lo que ocurrió en ese sitio?

Pierce entró en la sala, cerró la puerta y se apoyó en ella.

—Lo mismo de siempre. Los Defensores nos utilizaron. La general Davis engañó al Dominio (a Nova y a ti) para que condujerais a los zerg a Antiga Prime. Esa traidora había estado al mando de los Defensores todo el tiempo. Cuando Nova lo descubrió y Valerian fue a por ella, Davis nos reprogramó. Nos hizo pensar a ti, a mí y a Delta que éramos Defensores fieles para que la protegiéramos.

Stone asintió lentamente con la cabeza.

—¿Te acuerdas de todo eso por ti mismo o te introdujeron esos recuerdos reprogramándote?

Pierce se peinó con una mano su corto cabello y suspiró.

—Ni una cosa ni la otra. Nova y Reigel me explicaron lo que había pasado cuando me trajeron a bordo.

—¿Y te lo crees... así sin más?

—Me lo creo. Me lo creo porque es lo único que me parece que tiene sentido, con todo lo que sé. El Dominio nos ha rescatado, Stone. De hecho, las cosas han cambiado para nosotros, para todos los fantasmas. El emperador Valerian modificó los términos del programa Fantasma desde que desaparecimos en combate: ya no pueden borrar o reemplazar nuestros recuerdos sin nuestro consentimiento. Ahora tenemos más libertad.

Stone se quedó perplejo y un poco paralizado al oír aquello, que menoscababa los mismísimos cimientos del programa Fantasma y todo lo que había conocido hasta ahora.

—¿Libertad para hacer qué?

—Libertad de elección.

Stone cruzó los brazos.

—Me va a costar mucho asimilar eso.

—El mero hecho de que estemos teniendo esta conversación es una prueba de su sinceridad. Por fin gozamos de cierto control con respecto a quién servimos y qué hacemos.

—Puede ser —Stone percibió como Pierce intentaba leerle la mente. En vez de bloquearlo rotundamente, lo que habría hecho saltar las alarmas, se concentró en dividir sus pensamientos y esconderlos para que Pierce aceptara lo que estaba diciendo tal cual.

—¿Y Delta? ¿Ella también se cree todo esto? —preguntó Stone.

—Delta... —Pierce bajó la mirada—. No. No pudo aceptarlo, al menos no al principio. Cuando llegamos a bordo, le borraron la mente.

Stone respiró profundamente.

—Qué precio tan alto tiene la libertad de elección.

—Es lo que ella eligió. Siempre habrá fantasmas incapaces de gestionar lo que se nos pide, de afrontar las cosas que ya hemos hecho. Dicen que la felicidad está en la ignorancia, y renunciar a algunos recuerdos puede ser beneficioso, ¿no te parece?

Stone gruñó.

—El borrado de mente es una herramienta, igual que un arma —continuó Pierce.

—Igual que un fantasma —intervino Stone.

—Todo depende de las personas que lo utilicen, de si lo emplean para hacer el bien o el mal. Sé que es mucha información que digerir, y tú eres todavía más testarudo que yo, pero estoy aquí para ayudarte, con lo que necesites.

—Vale —Stone tomó aire profundamente y lo exhaló poco a poco—. Vale. Pues ayúdame. Ayúdame a ver si lo comprendo. Estamos en una nave del Dominio, ¿no?

—Se llama Grifo y no, no es exactamente del Dominio.

—¿Cómo dices?

—Técnicamente... no está afiliada a día de hoy.

—Si el Grifo no es parte de la flota del Dominio y tampoco pertenece a los Defensores, ¿entonces a quién presta servicio?

—A Nova Terra.

A Stone levantó las cejas de sopetón. Pierce sonrió, como si hubiera estado esperando esa reacción, y la saboreó.

«Pero ¿qué me he perdido? Estoy seguro de que aquí han pasado un montón de cosas». Permitted que Pierce accediera a esos pensamientos, pues lo natural en un momento así es mostrar confusión, y Stone ni siquiera tenía que aparentarla.

—Pero ¿Nova no trabajaba para Valerian?

—Es complicado —respondió Pierce—. No te haces una idea.

—«Complicado». Bueno, ¿entonces, en qué punto nos sitúa eso?

Stone se había pasado la vida entera al servicio de otra gente. Los regímenes iban y venían, pero el programa Fantasma era eterno y solo cambiaba ligeramente dependiendo de quién estuviera al mando.

Pierce abrió sus manos ampliamente

—Tenemos la oportunidad de empezar de cero. Valerian incluso dice que podemos dejar el programa si así lo deseamos.

¿«Dejar» el programa Fantasma? Eso nunca había sido posible. Nadie hubiera podido ni concebir la idea de algo así. Si fuera posible..., ¿lo dejaría? Por lo que podía recordar, lo único que había sido Stone en toda su vida era un fantasma. Se crio en el programa. Básicamente, él era el programa. ¿Qué se supone que haría entonces sin él?

Stone frunció el ceño. Pierce había metido la pata. Se había pasado de la raya diciendo que el programa Fantasma se había acabado. A lo mejor solo estaban diciéndole a Stone lo que creían que quería oír, para quitárselo de encima. Todavía no podía ni siquiera hacerse una idea de qué tenían entre manos y qué querían de él.

¿Acaso estaban poniendo a prueba su lealtad? Quizá, ahora que se habían deshecho de la general Davis, estaban haciendo limpieza. Sus habilidades psiónicas eran tan fuertes que, en ocasiones, el borrado de mente y la resocialización no terminaban de completarse. Eso había supuesto problemas antes, y esa era la razón por la que ahora su mente intentaba conciliar fragmentos de recuerdos contrapuestos.

La verdad siempre está oculta en alguna parte, pero puede hallarse si se quitan las suficientes capas como para llegar al fondo. Al menos, parte de la verdad. Puede que hasta

recuerdos de la corta vida de Stone antes de unirse al programa Fantasma. De la vida y la familia que nunca podía recordar.

Siempre había sido así. Tenía una memoria repleta de lagunas, de horas y acciones desaparecidas. Y las partes que sí conservaba... Bueno, nunca estaba seguro de si eran reales o no.

Así que, si Reigel y Pierce le estaban mintiendo en aquel momento para ocultar algo, era probable que hubiera una razón. Nova no quiso matarlo en la casa de Davis, por lo que, si resulta que no podían reprogramarlo, borrarle la mente, o matarlo, debía de haber algo que quisieran de él.

Será que tiene información que quieren y no pueden arriesgarse a perderla. Por fin algo con sentido.

Todo lo que Stone había visto u oído desde que se había despertado en aquella nave le resultaba sospechoso. Lo que quizá significaba que la general Davis seguía con vida.

Y, bueno, allí quieto, hablando con un viejo «amigo», no iba a encontrar la verdad.

Notó movimiento por el rabillo del ojo. Pierce se disponía a empuñar su arma. Stone se maldijo por dentro. Acababa de meter la pata, pues había descuidado su escudo de pensamientos hasta el punto de que el otro fantasma había podido percibir su creciente sospecha y paranoia.

—Stone, ¿te sientes bien? —la voz de Pierce reflejaba contundencia.

«Allá vamos», pensó Stone.

—Solo estoy un poco... —Sacudió la cabeza—. ¿Mareado, quizá? Creo que deberías avisar a Reigel —Stone se giró hacia Pierce y fingió tambalearse. Pierce, que tenía unos

reflejos cuidadosamente pulidos, se lanzó hacia delante y lo agarró. C cogió a Stone con los brazos.

Stone fingió que intentaba alcanzar la pistola de Pierce, contando con que Pierce esperaría justo eso después de leer su propósito en la mente. Pero Stone no quería el arma: solo quería asegurarse de que Pierce no llegaba a ella primero. Mientras Pierce se volvía para ir a por la pistola, Stone lo agarró por el antebrazo derecho, lo giró y tiró para lanzar a Pierce por encima de su hombro.

Pierce aterrizó de espaldas contra el suelo. Le faltaba el aire, pero ya se estaba recuperando cuando Stone cogió el único mueble que no estaba atornillado: la silla. La utilizó para darle un golpe a Pierce en la cabeza.

Pierce rodó y esquivó la silla, que acabó destrozada. El impacto hizo que los brazos le temblaran a Stone. Apretó los dientes y se aferró a lo que quedaba de la silla: el respaldo y las patas traseras. Levantó las porras metálicas improvisadas. Debería bastar.

Con un suave movimiento, Pierce volvió a ponerse en pie con el arma desenfundada.

—No hagas esto —dijo Pierce.

—Ya es tarde.

—Pero ¿por qué? No soy tu enemigo. Estamos intentando **ayudarte** —Pierce dirigió las palabras a la mente de Stone al mismo tiempo que las pronunciaba, como si así pudiera hacer que las creyera.

—Esa es la parte que no me trago —Stone se lanzó hacia Pierce.

Pierce disparó, pero Stone se retorció hacia atrás a la derecha y la bala solo le raspó el pecho; completó la rotación justo al lado de Pierce. Lo golpeó con una porra en el costado y el otro lo golpeó con fuerza contra la muñeca del hombre. Pierce maldijo y soltó el arma.

Stone intentó sacudirle los lados de la cabeza con las porras, pero el otro fantasma se escurrió hacia abajo para que chocaran entre sí con un chirrido metálico. Stone hizo un barrido con una pierna para apartar la pistola del alcance de Pierce. El arma se deslizó hasta terminar debajo de la mesa. Pierce agarró a Stone por el pie que tenía extendido y tiró de él, con lo que logró hacerlo caer de espaldas y que soltara las porras.

«¡Basta!», le gritó Pierce a Stone en su mente, lo bastante alto como para atravesar sus escudos mentales. También lo bastante alto como para nublarle la visión un instante y desorientarlo. Cuando Stone recuperó la visión normal, Pierce tenía una de las porras. La sostenía en horizontal con ambas manos haciendo presión contra el cuello de Stone, aplastándole la clavícula y conteniéndolo. Tenía una rodilla hundida en el pecho de Stone.

—¿Qué queréis de mí? —gruñó Stone.

Pierce redujo un poco la presión que estaba haciendo.

—Que pares de luchar. Deja que te ayudemos.

Stone intentó reírse, pero sonó como un carraspeo.

—¿Por qué de repente os interesa tanto a todos ayudarme? Tenéis que estar tramando algo.

Estaban esforzándose mucho por ganarse su confianza para conseguir libremente cualquier conocimiento que escondiera en su mente. Pero ¿qué podía ser tan importante? Si guardaba información vital, también era un secreto para él. Era difícil obtener respuestas cuando ni siquiera conocía las preguntas.

—Lo entiendo. Todos nos hemos acostumbrado a que nos utilicen. Pero no es así, Stone. No tiene por qué serlo.

Stone tanteó a ciegas hasta que alcanzó la otra porra con su mano derecha. La levantó hasta impactar en la sien de Pierce, lo suficientemente fuerte como para dejarlo aturdido y que lo soltara. Stone se quitó al hombre de encima y se irguió con torpeza, tratando de recuperar el aliento.

—¿Adónde tienes pensado ir? —gritó Pierce. Se tocó el lateral de la cabeza y se miró la sangre en las puntas de los dedos. Se limpió la mano en la camiseta—. No puedes salir de la nave.

«¿Quién ha dicho que quiera salir de la nave?», pensó Stone, sin importarle si Pierce lo escuchaba. Si Davis seguía viva y a bordo, la rescataría y secuestraría la nave. De no ser así, puede que bastara con destruir el Grifo para deshacerse de la amenaza de Nova y así vengar la muerte de Davis. Eso serviría para asestarle un duro golpe al Dominio y subirles la moral a los Defensores.

Pero, entonces, Stone flaqueó. Ni siquiera sabía ya para quién trabajaba ni por qué. Si las noticias estaban en lo cierto... si Davis estaba muerta de verdad y los Defensores prácticamente derrotados, arrinconados, entonces ya era un agente libre. Y si Pierce estaba en lo cierto cuando decía que Stone había sido un operativo del Dominio y que se encontraban en una nave independiente, eso significaba también que era un agente libre. Entonces, ¿para qué seguir luchando?

Pierce volvió a batir su porra contra Stone, que, sin pensar, bloqueó el intento con su porra. Giró en torno a Pierce siguiendo los patrones de movimiento de kendo que había practicado en la academia.

«Supervivencia». Eso era lo único por lo que valía la pena luchar en ese momento. Y si lograba revelar la verdad por el camino, mejor aún.

Stone le proporcionó una patada giratoria a Pierce que lo lanzó hacia un lado, pero su oponente le propinó dos rápidos porrazos, en la rodilla y en la columna, con lo que consiguió derribarlo. Stone se incorporó de nuevo de un brinco, haciendo gestos de dolor, y la pelea siguió. Intercambiaban un golpe detrás de otro. Atacaban, bloqueaban y arremetían, pero estaban igualados.

Puede que Stone fuera mejor luchador que Pierce, además con un índice psiónico superior, pero todavía estaba recuperándose de las lesiones y lidiando con el conflicto de sus recuerdos.

La cuestión es que la pelea estaba en punto muerto. Se desplazaban en círculo a una distancia prudente desde extremos opuestos de la sala, a la espera de una oportunidad. La simpleza de la estancia no ofrecía ningún tipo de cobertura ni ventaja. Solo estaban los dos hombres, dos asesinos psiónicos entrenados.

Dos hombres... y un arma.

Pierce relajó los hombros.

—La he fastidiado. Le dije a Nova que podría convencerte. Pensé que podría ayudar a que volvieras a ser tú mismo —Fue a coger el comunicador que llevaba en la cadera.

—Espera —dijo Stone.

—Reigel —dijo Pierce por el aparato—. Imposible. Nova va a tener que...

Stone se lanzó a por la pistola que había bajo la mesa y apuntó a Pierce. Tensó el dedo contra el gatillo. Los dos fantasmas se miraron fijamente durante un momento.

«**No vas a dispararme**», pensó Pierce.

«¡**Sal de mi mente!**!». Stone visualizó una imagen de la bala atravesándole el cráneo a Pierce al tiempo que disparaba. Pierce se agachó y se apartó, mientras Stone salía corriendo hacia la puerta.

Pierce la había dejado abierta mientras estaba dentro. «No es algo que se haga si vas a hablar con un prisionero peligroso», consideró Stone, pero en ese momento no tenía tiempo de reflexionar bien las cosas. Unas botas pesadas se dirigían corriendo hacia él por la derecha. Le dio con la mano a la placa de acceso y la puerta se cerró. Antes, vislumbró a Pierce deslizándose hacia ella. Stone disparó al panel para bloquear la cerradura y se escabulló en la dirección opuesta a una patrulla de las fuerzas de seguridad. A sus espaldas dejó el sonido amortiguado de los golpes que Pierce propinaba a la puerta.

#

En una habitación cerrada y sin armas ni el dermotraje, Stone no podía hacer mucho, pero campando a sus anchas en una nave, con todos sus puntos ciegos, sus oscuros corredores, puertas empotradas, paneles de acceso y conductos, estaba en su salsa. Un fantasma podía desplazarse sin ser detectado y sin impedimentos todo el tiempo que quisiera, incluso sin disponer de tecnología de invisibilidad.

A pesar de que la tripulación entera ya estaba en conocimiento de que Stone había escapado y estaba armado, no tuvo problema en pasar desapercibido y neutralizar a quien era necesario. No tardó mucho en darse cuenta de que la mayoría del personal que viajaba a bordo nunca había luchado o que, al menos, nunca se había visto en la necesidad de aplicar su entrenamiento en un combate serio. Gracias a sus esfuerzos, Stone ya se había hecho con una segunda arma de fuego, un uniforme de tripulante y una unidad de

comunicación. Aunque podía usarla para escuchar las comunicaciones de la nave, tendría que sacrificar el sigilo y quizá arriesgarse a que pudieran rastrearlo.

Stone observó a un joven ingeniero nervioso que se apresuraba por un pasillo. Stone imitó sus pisadas al milímetro, pero sus grandes zancadas enseguida salvaron las distancias. Ya casi había alcanzado al tripulante cuando el pobre hombre se sobresaltó y se giró. Vio a Stone y fue a abrir la boca..., pero Stone lo agarró del hombro izquierdo y le cubrió la boca con la mano derecha antes de empujarlo contra la pared. El ingeniero soltó un grito ahogado y se estremeció.

—Lo siento, ¿te ha dolido? —dijo Stone—. Dime lo que quiero saber o te dolerá mucho más.

Los ojos del hombre se ensancharon. Asintió.

—Bien —Stone se lo llevó a una sala que resultó ser un laboratorio hidropónico vacío. Soltó al hombre y cruzó los brazos. Ni siquiera le hacía falta sacar la pistola: el joven sabía que tenía las de perder.

—Desembucha. ¿Qué nave es esta? —preguntó Stone.

—El Grifo —el ingeniero carraspeó para aclararse la garganta.

—¿Quién es su comandante?

—Nova Terra.

Stone levantó una ceja. Eso constataba lo que le había contado Pierce y, puesto que el ingeniero no tenía telepatía, su mente era como un libro abierto. Decía la verdad.

No obstante, no tenía ningún sentido. ¿Por qué razón le entregaría Valerian a Nova su propia nave y le permitiría operar con ella fuera del control del Dominio? Nova había

ofrecido un buen servicio al Dominio y era la mejor fantasma de la historia del programa, sin contar a Sarah Kerrigan.

Valerian no dejaría escapar a alguien tan valioso así de fácil, pero quizá lo hiciera suponiendo que era lo que más le convenía: darle a Nova algo de libertad sabiendo que luego estaría en deuda con él y su causa. Lo más probable es que Valerian aún estuviera utilizándola, lo admitiera la fantasma o no.

—¿Y ahora dónde está Nova? —preguntó Stone.

—¿En el puente de mano? ¿En sus dependencias? No lo sé.

—¿Y qué hay de la general Davis?

El hombre miró a Stone con incredulidad.

—Carolina Davis —insistió Stone—. ¿Dónde la tienen?

—Davis está muerta. Ha salido en todas las noticias.

Y, de nuevo, sus palabras no entrañaban engaño, aunque podía ser que simplemente estuviera convencido de que esa era la verdad.

Stone se analizó a sí mismo. No sentía ninguna emoción fuerte por Davis, salvo un ligero resentimiento subyacente. ¿No sería eso diferente si realmente le hubiera sido leal a ella y a su causa? Estaba acostumbrado a controlar sus emociones, a no permitir que se apoderaran de él, pero, aun así, sentía **algo**. Pero ¿en aquel mismo momento? Nada.

De repente, Stone **sí** que sintió algo, pero era externo: otra presencia psiónica. Le impidió que leyera sus pensamientos, pero, mientras aquella persona intentaba acceder a su mente, pudo reconocer de quién se trataba: era Delta.

El índice psiónico de la fantasma era de 7, igual que Stone, pero ella era un poco más poderosa: era una de los pocos fantasmas con capacidades telequinéticas. Si lo hubiera

seguido intentando, habría logrado traspasar el escudo mental de Stone. Pero, en lugar de eso, desistió.

Fue entonces cuando Stone se percató de su error.

El ingeniero tenía un IP bajo, por lo que no era capaz de impedir que alguien con capacidad telepática le leyera los pensamientos y, en aquel momento, estaba pensando en Stone y, muy probablemente, dando a conocer su ubicación sin ni siquiera saberlo.

—Mierda —Stone se contuvo las ganas de aniquilar al ingeniero para cortar el vínculo psíquico y se conformó con dejarlo inconsciente. Sintió una punzada de simpatía por el joven, pero, como antes, no era el momento de procesar todo aquello.

Stone activó el comunicador que había robado y escuchó la voz de Reigel: «... localizado. Preparaos para el apagado de emergencia del soporte vital en la cubierta 3 y la descompresión en tres minutos».

Stone soltó al ingeniero y miró a su alrededor. Así que estaban en la cubierta 3. Era evidente que estaban intentando hacerlo salir. Necesitaba encontrar un traje espacial o llegar a otra cubierta. Aquel tipo podría haberle dicho adónde debía dirigirse si Stone no lo hubiera noqueado. Y si Stone lo dejaba allí, se quedaría sin oxígeno.

Stone bajó la mirada hacia el ingeniero inconsciente y dejó escapar un suspiro. Se agachó y se lo cargó a los hombros.

Las luces del pasillo se habían puesto a parpadear en color rojo y la agradable voz del ordenador estaba en plena cuenta atrás: «Dos minutos para la descompresión».

Con el ingeniero a cuestas, Stone temía estar llamando más la atención que antes. Intentó ceñirse a las sombras y, por suerte, la tripulación estaba demasiado ocupada desalojando el lugar como para fijarse en él. Stone se apresuró por el pasillo en dirección

contraria a los miembros de la tripulación hasta que dio con una trampilla en la cubierta que alguien ya se había encargado de bloquear. Una escalera que llevaba abajo.

«Un minuto para la descompresión».

Si quería enfrentarse a Nova, tendría que subir hacia el puente de mando en la cubierta principal, pero hacia allí se dirigía el resto del personal. Pensó que el compartimento de la lanzadera estaría abajo y que esa era la mejor opción que tenía para escapar.

—Otro día será, Nova —murmuró Stone.

Soltó al tripulante y empezó a girar la manija para desbloquear la trampilla. Cuando logró abrirla, volvió a agarrar al hombre inconsciente y fue bajando con él los estrechos escalones, concienciándose para la inminente pelea que le esperaba abajo. Pero el corredor de la cubierta 4 estaba vacío y estaba iluminado por las mismas luces rojas que el nivel superior.

«Treinta segundos..., veintinueve..., veintiocho...».

Stone dejó al ingeniero en el suelo, esta vez con más cuidado, y después se apresuró a volver a trepar por la escalera. Tiró de la manija y apretó el cierre.

El comunicador transmitió la voz de Reigel: «Preparaos para desconectar el soporte vital y descomprimir las cubiertas 2 y 4».

—¡Joder! —gritó Stone. No se andaban con contemplaciones. Lo habían arrinconado en el nivel más bajo de la nave, y ahora no tenía forma de subir tres niveles para ponerse a salvo, y menos aún con Don Tripulante Mediomuerto encima. A lo mejor había alguna estancia que pudiera sellar en aquel nivel, aunque eso significara tener que esperar después a que vinieran a por él.

«Tres minutos para la descompresión».

Revisó la señal que había junto a la escalera y sintió resurgir la esperanza. Todavía no era su fin, y estaba convencido de que se arrepentirían de haberlo enviado allí abajo.

En efecto, el compartimento de la lanzadera estaba en la popa de la cubierta, pero la armería estaba hacia delante y más cerca de donde se encontraba.

Stone volvió a echarse encima al ingeniero (que, inexplicablemente, parecía pesar más que antes) y siguió las flechas que conducían hasta la armería. Al menos el hombre demostró valer su peso en oro, porque Stone logró abrir la puerta gracias a la huella de su mano.

Stone había estado en docenas de armerías de docenas de naves, y seguramente más docenas de las que podía recordar. Sabía a la perfección dónde solían guardarse los dermatrajes y le sorprendió encontrar allí su propio equipo (y, además, reparado). El coco le empezó a dar vueltas a ese hecho: «¿por qué repararían allí todo su equipo si pretendían enviarlo de vuelta al Dominio igualmente?».

«Dos minutos para la descompresión».

El ordenador lo sacó de su ensimismamiento; no tenía tiempo para meditar eso en aquel momento.

Enseguida se puso el traje y se colocó el casco. Sonrió. Ahora **sí** que se sentía él. Se había notado alterado desde la primera vez que había abierto los ojos a bordo de aquella nave y ahora se daba cuenta de que no era solamente debido a los recuerdos indefinidos y lo difícil que le resultaba decidir qué creer. Lo llamaban dermatraje por un motivo: no solo se ajustaba como si de una segunda piel se tratase, sino que la sensación que daba era de ser la prolongación de uno mismo. Le servía para canalizar su energía psiónica y potenciar

su fuerza física, pero lo más importante era que, para un fantasma, llevar puesto el dermotraje era lo más parecido a sentirse en casa.

A los terran psiónicos se los temía, perseguía y discriminaba. Pese a todas las taras y la ética cuestionable que encerraba, el programa Fantasma les proporcionaba un hogar, un propósito. El programa aceptaba lo que eran y lo que podían hacer. Convertía un conjunto de difamadas habilidades difíciles de controlar en valiosos talentos que le conferían ventajas tácticas. Sin el programa, Stone habría tenido que vivir oculto. Con el programa, esconderse no era una necesidad, sino una destreza.

Y no solo se trataba de supervivencia. A las órdenes de la persona correcta, podía cambiar la situación de otros. Su vida importaba.

Y, en aquel momento, sintió como toda la fuerza de sus habilidades lo invadía, canalizando su fuerza y reforzando sus propias defensas. Se sentía capaz de enfrentarse a lo que fuera. Ya no albergaba dudas de que lograría soportar la descompresión y que podría respirar durante un tiempo cuando se quedara sin el oxígeno de la nave.

«Sesenta segundos para la descompresión».

A continuación, Stone cogió un traje espacial estándar y se lo puso al ingeniero. Ya se estaba moviendo con más presteza y confianza que hacía unos instantes. Le colocó el casco al hombre y le cerró el traje justo cuando la cuenta atrás llegaba a cero.

«Tres..., dos..., uno». Stone se preparó para la ráfaga de aire que saldría bombeada hacia el espacio.

No ocurrió nada.

Stone le quitó el guante al ingeniero y, con su mano, presionó la consola de la armería para desbloquear el acceso al ordenador. Todas las cubiertas aparecían en verde, operativas como de costumbre.

O habían cancelado la operación (para salvar a más personal quizá), o había sido todo un farol. Pero ¿con qué motivo?

Habían querido que Stone se moviera y se expusiera. Sin embargo, había acabado allí y ahora, además, tenía el dermotraje.

Se acordó de un viejo chiste: ¿qué es un fantasma sin un dermotraje?

Un muerto.

Enfrentarse a un fantasma con armadura y armamento era mucho más difícil. Por tanto, con el deseo de capturarlo, lo que más interesaba era mantenerlo lo más alejado posible de un dermotraje.

Stone abandonó al ingeniero durmiente en la armería con el traje espacial puesto, por si acaso, y activó su dispositivo de invisibilidad. Cruzó en sigilo el corredor que había fuera con la intención de dirigirse al compartimento de la lanzadera que había en el extremo opuesto de la cubierta. Se dio cuenta de inmediato de que algo no encajaba, pero sus escáneres no le mostraban nada y sus sondas mentales...

Había otra presencia psiónica, pero su mente no lograba terminar de localizarla o identificarla. Hasta que un fantasma se hizo visible a su derecha.

Agente X10128B. Delta Emblock.

—Hola, Delta —Stone abandonó su invisibilidad y se volvió hacia ella. No había sacado las armas. Tenía las manos en alto para indicar que no tenía intención de hacerle

daño: una peculiar paradoja teniendo en cuenta que ella misma era el arma en su propio dermotraje.

—Stone. Por lo que veo, has estado ocupado. ¿Cómo te encuentras? —Su escudo era incapaz de resistir al constante figoneo de su telepatía, así que optó por ahorrarse la energía.

—Ahora mejor —Flexionó un brazo—. ¿Qué tenéis entre manos? ¿Por qué me habéis llevado hasta mi dermotraje?

—Para que podamos hablar.

—No entiendo —dijo Stone—. Y no me interesa nada de lo que tengas que decir. Pierce me contó que decidiste que te borrarán. No puedo fiarme de tu juicio, como comprenderás.

—Pero tampoco puedes fiarte del tuyo. Yo estuve en la misma situación, Stone. Hemos pasado por lo mismo, y de esta forma es como puedo seguir adelante.

—¿A qué has venido? ¿Qué es lo que quieres?

**«Yo le pedí que viniera».**

Stone se giró a un lado y al otro al oír la voz de Nova. No podía verla, pero no debía de estar lejos. Le hablaba directamente a la mente.

—¡Nova! ¿Dónde estás?

**«Solo queremos ayudarte, Stone. Tienes la opción de elegir, como la tuvieron Pierce y Delta. Como la tuve yo. Davis nos borró la mente a todos nosotros. No desperdices esta oportunidad. Sé que tienes miedo...».**

—No tengo miedo —la interrumpió Stone.

—**Yo sí tenía** —dijo Nova. Se volvió visible justo enfrente de él. Ahora se encontraba entre las dos fantasmas.

Nova se encogió de hombros.

—Y todavía tengo miedo la mayoría de los días, sinceramente, pero sigo adelante. He elaborado un plan y voy paso a paso.

La puerta de la armería se abrió y Pierce salió por ella, con su propio dermotraje puesto.

—Buen truco ese de antes, Stone —dijo—. Te debo una.

Pierce debía de haberse teletransportado a la armería. Ahora Stone estaba en bastante desventaja numérica y casi rodeado. Solo veía una posible salida.

—Justo de eso es de lo que hablo —dijo Nova—. Te piensas que solo hay una salida, pero tienes un montón de posibilidades ahora mismo.

—Odio que me leas la mente —dijo Stone.

—Lo sé —Nova sonrió—. Y te conozco, Stone. De hecho, en estos momentos, es probable que te conozca yo mejor que tú mismo.

—¿A qué viene todo esto? —Stone se dio la vuelta y miró uno por uno a Delta, Pierce y después a Nova de nuevo.

—Necesitabas tiempo para poner en orden tus recuerdos y sabíamos que no podrías hacerlo en la enfermería o encerrado en una habitación. No te creerías nada hasta que lo averiguaras por ti mismo —Nova se puso una mano en la cadera—. Como siempre, prefieres hacer las cosas de la manera más difícil, y lo respeto, pero esa tendencia puede terminar siendo autodestructiva. Créeme.

—Que te crea... —Stone sacudió la cabeza—. ¿Entonces era todo una prueba? ¿Para ver qué hacía?

—Yo ya sabía lo que harías, pero, aun así, necesitabas pasar por el proceso. Stone, los fantasmas no solemos tener voz ni voto en las misiones, pero tú siempre encuentras la forma de proteger a la gente siempre que puedes. Incluso ahora, que estabas casi convencido de que te teníamos prisionero, no has matado a Pierce...

—Apenas me ha hecho daño, de hecho —resopló Pierce.

—Exacto —asintió Nova—. Y mantuviste a salvo a Oslo a pesar de que te hizo perder tiempo.

—¿Quién narices es Oslo?

El ingeniero asomó por la puerta de la armería con una mano en el lateral de la cabeza, pero con una sonrisa tímida en la boca.

—Soy yo. A mí sí que me has hecho daño, pero no estoy muerto, así que gracias por eso.

—No hay de qué... —dijo Stone con inseguridad.

—¿Puede atenderme un médico ya? —preguntó Oslo—. Estoy casi seguro de que tengo un traumatismo.

Stone hizo una mueca de dolor.

—Pierce, llévalo a la enfermería —ordenó Nova.

Pierce asintió y escoltó al ingeniero tambaleante por el pasillo.

—¿Y entonces por qué lo del traje? —dijo Stone.

—Para que veas que tienes elección. Y si quieres pelea, será una pelea justa —dijo Nova—. Te lo mereces.

—¿Dos contra uno es una pelea justa? —preguntó Stone.

Delta sonrió.

—Yo solo estoy aquí para ver como Nova te da una paliza.

—Agradezco el voto de confianza —dijo Stone. Pero Delta estaba en lo cierto.

—Ya te vencí cuando estabas en tu mejor forma —dijo Nova.

—Y no me mataste cuando tuviste la oportunidad.

—No eras tú el que controlaba tus acciones.

—Piensa en todo lo que sabes sobre los Defensores del Hombre y el Dominio —dijo Delta—. Dejando de lado lo que **crees** que recuerdas, ¿en qué lado te gustaría estar? ¿En el de los que usan a los fantasmas para su beneficio político y pone en peligro vidas inocentes para influir en la opinión pública? ¿O en el de los que intentan proteger a los terran de los zerg y dan libertad a todo el mundo, incluidos los fantasmas, para decidir su destino?

—No me creo que penséis que soy tan tonto como para tragarme que al Dominio le importan los fantasmas de repente —respondió Stone.

—A lo mejor a ellos no, pero a mí sí —dijo Nova—. Y yo no os fallaría.

—Los Defensores intentan protegernos a todos de los alienígenas. No hay nadie que haya hecho más en la lucha contra los zerg y los tal'darim —dijo Stone. Pero las palabras le sonaron vacías en cuanto las escuchó.

—¡Usaron zerg salvajes para tratar de desacreditar a Valerian! —exclamó Nova—. Destruyeron Antiga Prime, Tyrador IX... Pusieron a otros en peligro para después poder fingir que eran los salvadores y asesinaron en ello a innumerables civiles. Cuando descubrimos lo que tramaban realmente los Defensores del Hombre, tú y yo intentamos

detenerlos. Porque eso es lo que **tú** haces, Stone: intentar ayudar a la gente siempre que puedes.

Stone inclinó la cabeza. Llegado un punto, tenía que refugiarse en la verdad más probable: que la respuesta más sencilla tenía que ser la real. Si aceptaba que todo aquello no era algún tipo de conspiración urdida para engañarlo y que desertara de los Defensores del Hombre, que Nova estaba siendo sincera, entonces tenía que creer lo que le estaba contando. Tenía que ignorar sus recuerdos, de los que ya no se podía fiar, y confiar en su instinto: lo que veía y escuchaba en ese momento, con la información que tenía.

Tomando en consideración todo eso, tenía que aceptarlo: era un operativo del Dominio y la general Davis había recibido su merecido.

—Somos quienes decidimos ser —dijo Nova—. Eso me lo dijiste tú a mí. No era la programación, eras **tú**. Si no puedes creer en nada más, al menos cree en ti mismo.

Tal vez la verdad no importaba ya. No si podía dejarlo todo atrás y crearse una nueva realidad.

—Vale —Stone levantó las manos—. Os escucho. ¿Y ahora qué? ¿Me vais a entregar al Dominio? ¿Me llevaréis de vuelta a Korhal?

—No trabajo para el Dominio. Ninguno de nosotros. Eso se acabó. Y no quiero llevarte de vuelta, Stone, a no ser que sea allí donde quieras estar. ¿Qué es lo que quieres?

—Nadie me había preguntado eso nunca —dijo Stone—. Que yo recuerde.

—Bueno, pues ya es hora de que eso cambie.

#

Stone se despertó. Estaba de nuevo en la enfermería, pero esta vez sabía exactamente por qué motivo estaba allí. Él había elegido estar allí.

Se sentó en la cama e inmediatamente notó algo diferente. Su poder psiónico ya no tenía límites. Era libre.

—Ha ocurrido de verdad —susurró Stone.

—El procedimiento ha sido todo un éxito —le explicó Reigel.

Stone se giró y vio que Reigel y Nova se acercaban a la cama.

—¿Estás bien, Stone? —preguntó Nova.

—Nunca me había sentido así —Sentía su presencia de forma clara. Sabía exactamente dónde se encontraban Delta y Pierce en la nave. Podía sentir a todos los demás terran que había a bordo con sus diferentes niveles psiónicos. Tenía una conciencia de su entorno y de sí mismo que ni siquiera los sensores del dermotraje podían alcanzar.

—Una parte de mí todavía pensaba que, al despertar, me habríais reprogramado o estaría en una celda del Dominio, pero decíais la verdad —dijo Stone.

Reigel alzó un embrollo de circuitos y cables.

—¿Te quieres quedar esto de recuerdo? —preguntó.

Stone sacudió la cabeza, pero enseguida se arrepintió.

—¡Estupendo! Más para mi colección. No es habitual encontrarse con hardware de fantasma de los viejos tiempos. Una antigüedad maravillosa —Reigel se metió el dispositivo en uno de los bolsillos de la bata de laboratorio con una sonrisa para sí mismo. Nova lo miró con semblante desencajado.

Se acercó más a Stone y bajó la voz.

—¿Estás seguro de esto, Stone?

—Es un poco tarde para eso, ¿no crees? Pero si de verdad puedo dejar el programa Fantasma, creo que será lo mejor para mí.

Delta le había dicho que podía escoger el bando del Dominio o de los Defensores del Hombre, pero, si era realmente libre, no quería ninguno. Sabía que se le haría duro buscar una nueva forma de vida, pero, como Nova y la tripulación del Grifo, aquel era un camino que necesitaba recorrer solo.

—No te olvides de ponerte en contacto con el Dominio primero —intervino Reigel.

Nova puso los ojos en blanco.

—Para entregarles el aviso oficial —prosiguió Reigel—. Ahora que no tienes el inhibidor, irás recuperando los recuerdos con el tiempo.

Eso era algo que Stone temía bastante. Le preocupaba ver las caras de aquellos a quienes había asesinado y las revelaciones que seguramente le llegarían con el tiempo. Pero seguía prefiriendo una nueva vida que le perteneciera antes que seguir siendo un prisionero que vive en sueños de los que nunca se despierta.

Y él quería despertarse.

—Aquí siempre tendrás un sitio —dijo Nova con dulzura—. Nos vendría muy bien tu ayuda ahí fuera. Alguien tiene que vigilar el universo y mantener la paz.

—Lo único que he conocido ha sido la vida de fantasma. Necesito ser yo un tiempo. Aunque... supongo que primero necesito saber quién es ese «yo» realmente. Conocerme a mí mismo.

Nova asintió.

—Entiendo. ¿Y qué vas a hacer ahora?

Stone se recostó y sonrió.

—Cuando me soltéis, haré lo que mejor sabe hacer un fantasma: desaparecer.

FIN

Guion: EC Myers

Edición: Chloe Fraboni

Producción: Brianne Messina

Asesoría de historia: Madi Buckingham y Sean Copeland

Asesoría creativa: Jeff Chamberlain, Kevin Dong, George Krstic, Ryan Quinn y Ryan

Schutter

Traducción: Noemí Gurillo, Pablo Barroso

Agradecimientos especiales: Thomas Floeter, Martin Frost, Felice Huang, Chungwoon

Jung, Jaclyn Lo, Alexey Pyatikhatka, YuSian Tan